

aquellos en quienes mas confiaba se habian vuelto contra él, incautamente juró á Salazar y á Peralmindez Chirinos eterna amistad. De hecho, estos dos al siguiente dia intercedieron con los tres gobernadores para que el preso saliera libre, como se ejecutó. Y para mas disimular su traicion Salazar, propuso á sus compañeros que al otro dia fueran á San Francisco á comulgar, con lo cual entenderia el pueblo que cuanto se habia hecho en la prision de Paz era con acuerdo de todos.

“El conocimiento de Salazar y Chirinos no fué tan secreto que entre tanto no lo barruntaran los tres gobernadores; por eso al siguiente dia habiendo concurrido, les dieron en cara con su traicion en estos términos:

—“Con capa de amistad nos habeis engañado: á nuestras expensas habeis comprado la de Paz: gran premio á fe de caballero obtendreis de esta maldad.”—Hasta aquí el historiador antes mencionado.

Los hechos subsecuentes forman una horrible cadena de perfidias, intrigas, violencias, tumultos, robos, asesinatos, y en una palabra, de todo cuanto importa la transgresion de la moral y el olvido de todo sentimiento de virtud ó caballeridad. Salazar, Chirinos y Rodrigo de Paz, con algunos regidores que se habian ganado, tienen una junta en las casas de cabildo, y en ella declaran privados de su empleo á los tres gobernadores. Ocasiónase de aquí un alboroto en la ciudad, armándose todos para defender á este ó al otro partido; prende el fuego de la guerra civil que procuran apagar los religiosos de San Francisco; luchan los de un bando con los del contrario; triunfa el de los reboltosos, y cuando ya se consideran suficientemente asegurados en el poder, pagan á Rodrigo de Paz con la mas negra ingratitud, entregándole á manos del verdugo. Poco antes divulgaron que Cortés con su comitiva habian muerto en la expedicion á las Hibueras, y para dar mas visos de verdad á la noticia celebran funerales por el alma del conquistador, todo con la mira de apoderarse de su hacienda; logran su intento, y al registrar el palacio de este cometen mil villanias con las nobles mejicanas que habia encargado fueran servidas en su ausencia con todo decoro; ávidos de riqueza, no omiten diligencia para descubrir los tesoros que segun la fama, tenia Cortés ocultos; Salazar que quiere conciliarse la amistad de Albornoz, pone preso á Pedro de Paz su enemigo; escápase este de la cárcel y se retrae

á San Francisco, lugar entonces de refugio para todos los que eran el blanco de la persecucion; quieren los infames gobernadores asegurarlos, cercan el convento, y sacados de él los ponen en la cárcel.

El Venerable Fr. Martin de Valencia desplegó en esa ocasion una energía de que pocos le juzgarian capaz. Requiere por tres veces á los profanos que habian violado el sagrado asilo, conminándolos con las censuras eclesiásticas si no reponian en el mismo lugar á los retraidos. Salazar y Chirinos se hacen sordos á esta voz, pero el custodio fulmina entredicho en la ciudad, y saliendo de ella en procesion con sus frailes y los vasos sagrados, se encamina á Tlaxcala.

Desconcertados los gobernadores, y prestando oidos á la voz de su propia seguridad amagada por los hombres que no podian ver con ojos serenos tanto desafuero y tantos escándalos, hacen volver á los religiosos y reponen inmediatamente en el monasterio á los retraidos.

La Providencia quiso en esa vez manifestar que la justicia puede alcanzar victoria aun en manos del mortal mas débil.

XI.

Tal fue el desenlace de aquel ruidoso acontecimiento, que con razon pudo considerarse como una epidemia social. “Habiendo vuelto Cortés á la capital (dice el Illmo. Baluffi, citado por el señor Dávila en un escrito relativo al P. Valencia), habiendo vuelto Cortés á la capital, fue recibido entre los mayores aplausos y lágrimas de consuelo, no solamente de los españoles, sino tambien de los mejicanos, que esperaban en él ver restablecida la paz y general prosperidad. Los primeros pasos del ilustre capitán fueron al templo de los franciscanos, de donde habia venido la salvacion, á dar gracias al Altísimo por aquel beneficio. Y no contento con esta demostracion, consignó á la memoria de la posteridad, que así como poco antes un puñado de valientes soldados habian conquistado á la Europa aquel imperio, así entonces lo habian conservado un incomparablemente menor número de franciscanos.”

Acreeador á este elogio es singularmente el V. Fr. Martin de

Valencia, por cuyas inspiraciones se guiaban los demas religiosos. Y nótese de paso cómo sin inclinar la balanza de su afecto en pro de ninguno de los bandos contendientes, como tales, se aprestó á la lucha luego que se trató de salvar al oprimido, luego que llegó la oportunidad de poner coto á tantos desmanes, á tantas injusticias y á tantas profanaciones como entonces se cometieron. Aun cuando no hubiera otro rasgo de su vida que nos le diera á conocer como un hombre extraordinario, bastaria la conducta que observó en esa crisis peligrosa, para graduar de muy subido el temple de su carácter y de excelente la bondad de su corazón. Pero cada paso que daba en su carrera le acreditaba como un espejo de virtud, y su existencia era de aquellas cuyas horas se consumen en la práctica del bien, ó cuando menos en el deseo eficaz de realizarle: era una cadena de eslabones de oro.

Sigamos el hilo de esa existencia por las otras situaciones, adonde plugo á Dios llevarla.

XII.

¡Bella es la ciudad populosa, capital de la antigua república que nutrida con sabias lecciones de virtud y acrisolada en la escuela de la adversidad, supo mantener su noble independencia, á costa de privaciones y combates, en medio de un imperio poderoso que todo lo abarcaba! ¡Grande y gloriosa la capital del fértil territorio que no sintió jamás sobre si el yugo monstruoso del despotismo azteca, que pesaba sobre la cerviz de tantos y tantos pueblos! ¡Digna y benéfica la patria de los héroes, la tierra del maíz, la hermosa Tlaxcállan!

Un astro luciente preside sus destinos; su clima aconseja las grandes acciones; el tiempo la contempla respetuoso sin atreverse á minar sus muros, y el rio que pasa besando su planta le tributa el homenaje de sus linfas y la arrulla de noche en medio del silencio con la armonía de sus murmurios.

Más ¿qué extraño rumor se levanta de su seno? ¿por qué pueblo tanta gente sus calles? ¿adónde se encamina ese concurso imponente, que con paso mesurado parte de la gran plaza y em-

prende la subida por la falda de la montaña vecina? Jóvenes y ancianos, mujeres y niños, todos van de consuno, y todos llevan una cruz en la mano.

En su andar, aunque tardo, se descubre la impaciencia, y en su semblante hablan á un tiempo el gozo y la curiosidad: ¿van á la conquista de un tesoro?

Ya desfilan por las sinuosidades de la garganta fresca y amena, y ya se dilatan por la ladera sin árboles como una cinta viviente, como un solo cuerpo animado. De lejos se ven en conjunto como una serpiente escamosa que sube tranquilamente á solozarse á la cumbre.

Poco despues una vegetacion recia y lozana les abre su seno de sombra y silvestres perfumes. Los niños gozan en recoger las bellotas de los pinos, y en arrancar del tronco torcido de las encinas las plantas parásitas que en él hallan abrigo.

Deléitanse las muchachas en el gemido de la tórtola y en los suspiros de la brisa al peinar la cabellera de los *ocotes*.

Los ancianos rezan en coro presididos por un religioso de San Francisco, que lleva al hombro una gran cruz de madera; y entrenidos cada uno á su modo, ni sienten cansancio, ni dan entrada en su corazón al fastidio.

Sin embargo, no ha muchos años nadie podia penetrar por entre aquellos troncos seculares sin un sentimiento indefinible de temor supersticioso. Allí habita Matlalcueye, la diosa de la vestidura azul, la protectora de la labranza, el genio de los nublados, la diosa de las aguas. Desde la cresta de la montaña, adonde acuden las nubes sumisas á su voz, prepara las lluvias que han de ir á derramar la prosperidad en los sembrados de sus adoradores.

Aun se ve en pie en lo interior de una gruta la imágen de la diosa: no bien oreada está todavía en sus aras la sangre de las víctimas; mas el culto de que es objeto va muy pronto á desaparecer, y su prestigio se desvanecerá como el humo del *copalli* que veia impasible elevarse hasta su faz de piedra.

Llegó ya este instante supremo. El fraile y su comitiva tocan ya á la entrada de la gruta, y entre los mueras al enemigo del linaje humano, y los himnos y aclamaciones á Jesus y María, derriba el ídolo y levanta y pone en su lugar el sagrado signo de la redencion. Dirigiéndose despues con aire de triunfo á los que le rodeaban, dice en alta voz:

—¡Solo el Dios verdadero es el que da el agua, y solo á él se tiene de pedir!

El religioso que así obraba era el P. Fr. Martin de Valencia.

XIII.

Desde que el venerable apóstol vió reforzada la colonia de franciscanos de Méjico con la llegada de nuevos obreros, libre del cargo de custodio que habia desempeñado por dos veces, y ardiendo en vivos deseos de ganar mas almas para el Evangelio, resolvió pasar á China en compañía de Fr. Juan de Zumiárraga, primer obispo de Méjico, y de Fr. Domingo de Betanzos.

Este proyectado viaje quedó, sin embargo, lejos de realizarse, pues aunque llegaron los misioneros al puerto de Tehuantepec para embarcarse en los navíos que habia mandado hacer Cortés con esa mira, encontráronse con que estos estaban en muy mal estado. De regreso ya en Méjico el P. Valencia, fue destinado á morar en Tlaxcala, cuyo monasterio se debe á él, siendo su guardian por mucho tiempo; y desde allí hizo la subida á la montaña de Matlalcueye con el objeto ya indicado.

Mas no solo se encerró en el círculo de estas labores. Constante en el apego que tenia á los niños, dividia su tiempo entre las prácticas de religion y los ejercicios literarios, enseñando á sus alumnos, como dice Benavente, "desde el abecé hasta leer por latin."

XIV.

Despues que dejó á Tlaxcala, fue sucesivamente guardian de Amaquemécan y de Tlalmanalco, hasta que llegado el año de 1533, en que hubo de celebrarse capítulo en Méjico, pasó á esta ciudad para asistir á él; y aunque atendidas sus relevantes prendas pensaron sus hermanos en reelegirle para alguna prelación, instó tanto porque desistiesen de esta idea, que le dejaron en libertad de vivir en la humilde clase de súbdito y en el lugar que mas á su gusto conviniera.

Acerca de este último periodo de su vida, hallamos una no-

ticia curiosa en Motolinía. "El año postrero (dice) que dejó de tener oficio, por su voluntad escogió de ser morador de un pueblo que se dice Tlalmanalco, que es ocho leguas de Méjico, y cerca de este monasterio está otro que se visita de este, en un pueblo que se dice Amaquemécan, que es casa muy quieta y aparejada para orar; porque está en la ladera de una terrecilla, y es un eremitorio devoto, y junto á esta casa está una cueva devota y muy al propósito del siervo de Dios, para á tiempos darse allí á la oracion; y á tiempos salíase fuera de la cueva en una arboleda, y entre aquellos árboles habia uno muy grande, debajo del cual se iba á orar por la mañana; y certíficame que luego que allí se ponía á rezar, el árbol se henchia de aves, las cuales con su canto hacian dulce armonía, con lo cual sentia él mucha consolacion, y alababa y bendecia al Señor; y como él se partia de allí, las aves tambien se iban; y que despues de la muerte del siervo de Dios, nunca mas se ayuntaron las aves de aquella manera. Lo uno y lo otro fue notado de muchos que allí tenian alguna conversacion con el siervo de Dios, así en verlas ayuntar é irse para él, como en el no parecer mas despues de su muerte."

Ocurrió esta en 21 de Marzo del año siguiente de 1534, á consecuencia de un ataque de pulmonía. Este suceso fue acompañado de tales circunstancias, que bien merece nos detengamos en describirle minuciosamente.

Hallábase el varon insigne en la gruta de Amaquemécan con Fr. Antonio Ortiz, y aunque con asomos de buena salud, encarándose á él, le dijo en acento sosegado:

—"Ya se acaba."

—"¿Qué, padre?" contesta el compañero, sin atinar con el verdadero sentido de la espresion.

—"La cabeza me duele," añade aquel pasado un rato, y desde entonces se le declara y va tomando creces la enfermedad.

En tal estado emprende con su compañero el camino de Tlalmanalco. La gruta, en cuyo seno de paz habia hallado el recogimiento que tanto le halagara, quedaba desde ese instante sola para siempre; y las aves que se congregaban en el árbol á gozarse en su oracion, echándole menos al siguiente dia, no tendrian ya á quien tributar el homenaje de su ternura y sus gorgeos.

Llega á Tlalmanalco, recibe los últimos auxilios espirituales, y obsequiando la orden de su guardian, consiente en que se le traslade á Méjico para que en el monasterio de esta ciudad puedan sus hermanos dispensarle atenciones y cuidados que no es dable hallar en una poblacion escasa de recursos.

Mas la esperanza que se fundaba en este paso, se disipa en breve. Colocado en una silla, sostenida por algunos sirvientes, camina en compañía de tres religiosos hácia el pueblo de Ayotzinco, donde habrá de embarcarse para llegar á Méjico por agua.

Eternas parecen las dos leguas que separan á Tlalmanalco de ese lugar; pero al fin ya están en la ribera.

Disponíase el santo religioso á entrar en una canoa, cuando, mudando repentinamente de propósito, se acoge á la sombra de un sauce; pónese de rodillas, y volviéndose á Fr. Antonio Ortiz, le dice:—“Defraudádose ha mi deseo,” aludiendo con estas palabras al martirio que habia intentado ir á buscar á China.

Pocos segundos despues, encomendando su alma al Señor, deja de vivir.

Sus compañeros quedan como petrificados al recibir un golpe tan rudo quanto inesperado. Arrodíllause todos á orar, y el sol baña con rayos de oro aquel grupo inmóvil de tres hombres atribulados, haciendo brillar las lágrimas que se deslizan silenciosamente por sus mejillas.

xv.

Así terminau los dias de un hombre que jamás se desvió de la senda de la virtud. Años antes habia asegurado al P. Ortiz, su amigo, que moriria en el campo, y ya hemos visto con cuánta puntualidad se verificó el pronóstico.

Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Tlalmanalco, acompañándole hasta la última morada las lágrimas de los religiosos y de los naturales, que con la pérdida de aquel padre virtuoso se sentian huérfanos y desolados. Algunos dias despues el P. Testera, que á la sazón era custodio, hizo exhumar los restos venerables y trasladarlos al convento de Méjico, en donde se

les dió honrosa sepultura. Dícese que pasados algunos años fueron de allí trasladados ocultamente á la gruta de Amaquemécan.

El sauce que contempló la agonía del ilustre apóstol permaneció fresco y lozano por mucho tiempo; pero aun mas fresca vive la memoria de las virtudes del mismo héroe, cuyo nombre, aunque no se ve en el catálogo de los santos, ocupa sí un lugar eminente en el de los benefactores de la humanidad.

Al referir su vida hemos hecho mencion de algunas circunstancias en que campea lo maravilloso. Aun cuando la filosofía no apadrine tales especies, de propósito hemos querido darlas á conocer por conservar á la crónica su fragancia de poesía. Pero donde debe estudiarse al P. Valencia, donde puede observarse á las claras la influencia saludable que ha ejercido, es en la série de hechos que constituyen su existencia real, esto es, en su conducta, en su comercio ordinario con los hombres, no en la vida contemplativa, no en la vida del espíritu estasiado ante las tornasoladas regiones del misticismo. Allí se admira á un hombre que al atravesar por el mundo no ha tenido mas móvil, no ha tenido otro deseo que el de hacer bien, que el de hacer bien aun á costa de su propio bienestar, y que tuvo la rara constancia de perseverar en el mismo deseo hasta la tumba.

VI.

POPULARIDAD.

Si la palabra santa halló eco muy pronto en los corazones de los mejicanos, fue debido á que los mismos en cuyos labios resonaba eran los primeros en dar á conocer por su conducta, que era una verdad la doctrina que predicaban.

Cuando llegaron á nuestro país los religiosos de San Francisco, encontraron á los naturales destituidos de todo amparo,